

PIERRE LAMBERT: ECOS DE LA SOCIEDAD DE NACIONES¹

Jesús Baigorri Jalón,
Universidad de Salamanca

Introducción

Lo que expongo a continuación es el resultado de dos largas entrevistas personales con Pierre Lambert los días 13 y 17 de julio de 1997, así como de varias conversaciones telefónicas y algunas cartas a lo largo de los años siguientes. El primer encuentro tuvo lugar en mi domicilio provisional en Ginebra y el segundo en casa del Sr. Lambert, en Perly, cerca de Ginebra. Todas las conversaciones y relaciones discurrieron en francés.

Había hablado con el Sr. Lambert para concertar una entrevista y él se brindó amablemente a venir a mi apartamento de Ginebra, puesto que resultaba más fácil su desplazamiento que el mío, ya que yo no disponía de automóvil y él todavía conducía a sus 85 años. Me encontré entonces con un señor alto, con gafas y bigote cano, de pelo blanco y modales exquisitos. Mi primera impresión fue la de encontrarme con un caballero de otra época, una impresión que tendría la ocasión de confirmar unos días después, con motivo de una cena en su casa. La casa era una antigua granja, situada cerca de la frontera con Francia, con vigas rústicas de madera, llena de alfombras de distintos países y con muchísimos relojes que daban la hora con distintas tonalidades. Eso era lo único que interrumpía el silencio del entorno, una campiña ordenada y pulcra, muy “suiza”. El concierto de campanas de los relojes —al que Pierre Lambert y su esposa debían de estar tan acostumbrados como para ni siquiera prestarles atención—, me pareció el único indicio del inexorable paso del tiempo, que de lo contrario en aquel entorno parecería en suspenso, como detenido en otra época.

En la primera entrevista, empecé por explicarle las líneas generales de mi interés por reconstruir la historia de la interpretación. Desde el principio, Pierre Lambert

1. En la sección de entrevistas de este número de la revista, damos hoy la palabra a un antiguo intérprete de las Naciones Unidas y de la Organización Mundial de la Salud, que falleció recientemente y al que pude entrevistar hace unos años, cuando él tenía ya 85. Pierre Lambert me concedió las dos largas entrevistas, que se presentan resumidas aquí, en Ginebra, en el contexto de mis investigaciones sobre la historia de la profesión de intérprete. Paradojas de la vida, me enteré de su fallecimiento nada más enviarle por correo mi libro *Interpreters at the United Nations: A History* (2004) con una dedicatoria cariñosa que nunca recibiría. Fue él quien me dijo que me diera prisa en entrevistar a los veteranos, porque pronto no iba a quedar ninguno en condiciones de recordar. Por tanto, este texto tiene la doble función de plasmar por escrito una voz del pasado y de rendir homenaje, póstumo en su caso, a quienes nos han precedido en la profesión, que han sido en buena medida artífices de una imagen y un paradigma aún no del todo desaparecidos. He preferido mantener el texto con los tiempos verbales y el contexto del momento de las entrevistas, porque creo que así se preserva mejor la cercanía del encuentro, como si el entrevistado pudiera leerlo aún.

se brindó a contarme lo que pudiera ser útil para mi trabajo y aceptó que grabara la conversación. “En nuestra profesión estamos acostumbrados al micrófono”, dijo. Más tarde, supe que había sido actor aficionado y que también había trabajado para la radio, lo que le sirvió de ayuda para ser intérprete. Lambert estudió abogacía y ejerció la profesión en Ginebra, pero en 1937 lo enviaron a la misión de la Sociedad de Naciones en Dantzig, donde dos años después oyó los primeros cañonazos de la segunda guerra mundial. Estuvo casado anteriormente y ahora lo está con una japonesa. Dice que su japonés no es perfecto, porque es un idioma con muchísimos matices, pero sí conoce esa lengua. Habla con admiración del Japón, aunque observa que está cambiando mucho: por ejemplo, se va perdiendo la tradicional jerarquía de autoridad basada en la edad.

Al hilo de la conversación me sugiere ideas para la reflexión: que vea el momento en el que los intérpretes dejan de pasar a ocupar puestos de responsabilidad política o administrativa, y cita concretamente a George Sherry y a Nicolas Teslenko. Me habla también de las memorias de Eugen Dollmann, que no le parecen muy pertinentes para el tema; y de las de Paul Schmidt, que le parecen mucho mejores para este trabajo. En la primera entrevista se presenta con una carterita de mano en la que trae unos papeles. Se trata de las notas manuscritas que utilizó en una conferencia sobre la historia de la interpretación, que dio en Tokio en 1982 para los estudiantes de la escuela de interpretación de aquella ciudad. Dice que no sabe si me podrán ser de utilidad, pero que en todo caso las utilice y las fotocopie si quiero y que está dispuesto a descifrarne lo que quiera si no entiendo su caligrafía.²

Me hace algunos comentarios elogiosos acerca de Georges Thorgevsky, que le ayudó mucho al principio, y a quien considera uno de los mejores intérpretes. Dice que es un hombre de una gran modestia, que dejó de interpretar el día en que a él mismo le pareció que ya no le salía tan bien. Dice que tenía una gran precisión en su interpretación y que además apenas llamaba la atención. “Yo tenía una tendencia a hacer mayores florituras, quizás por haber sido actor en mi juventud, y él me lo hizo notar, porque a su juicio el intérprete debía pasar lo más inadvertido posible”. Me dice que es uno de los intérpretes a los que debería entrevistar sin duda. “Debe usted darse prisa, porque con la edad que tenemos pronto no va a quedar nadie de los que trabajaron al principio”. Mientras lo acompaño al coche después de la primera entrevista me dice que a su nieto le gusta que le cuente cosas de su vida. Le indico que para mí las fuentes orales son muy valiosas. “Sí”, me responde, “siempre y cuando se puedan corroborar los hechos”.

PIERRE LAMBERT (PL): Para la Sociedad de Naciones no trabajé en cuestiones lingüísticas, pero conocí a los intérpretes de aquella organización. Para mí, la

2. Parte de las notas están reproducidas textualmente en *Interpreters at the United Nations: A History*, págs. 44-45.

interpretación moderna empieza en la Conferencia de Versalles, puesto que es entonces cuando el inglés adquirió por vez primera un estatuto semejante al del francés. Hay dos intérpretes, que llegaron improvisadamente a la profesión, a los que conocí y aprecié mucho. Uno era Georges Mathieu, cuya pista podrá usted encontrar en los archivos de la SDN. El otro era un hombre realmente admirable que se llamaba Jean Herbert. El padre de Jean Herbert era francés, profesor de inglés. Herbert se había casado con una inglesa y fue ella la que preparó a Jean Herbert y a Mathieu, tratando de ver si podían llegar a escuchar un discurso, a tomar notas y a repetirlo en otro idioma. Y lo lograron. Ese fue el comienzo de esta interpretación consecutiva que reinó durante todo el tiempo de la Sociedad de Naciones. Mathieu se quedó como intérprete de plantilla en la SDN. Había un francés, Parodi, y un británico muy original, Russell, así como otro inglés que se llamaba Le Bosquet, que se especializó en interpretaciones técnicas y que luego estuvo en la ONU en Nueva York como subdirector de la División lingüística. Fue un intérprete brillante.

Conocí muy bien a Jean Herbert, quien de vez en cuando trabajó para la SDN, pero que no fue funcionario de la misma. Fue uno de los primeros que ejerció la profesión de manera liberal (*freelance*). Herbert consideraba que el intérprete servía para que la gente se entendiera en el sentido más elevado del término, y no solamente desde el punto de vista lingüístico. Era un orientalista, escribió libros sobre la India, el Japón y el Oriente en general, y dio a conocer a uno de los filósofos indios más importantes, Sri Aurobindo³, en Europa. Era un hombre sumamente interesante con el que tuve la suerte de hacer muchos viajes.

En la misma época de la Sociedad de Naciones también existía la OIT, donde también se hacía interpretación consecutiva. En la OIT se intentó introducir la interpretación simultánea. Luego, el coronel Dostert y el Mayor Finlay fueron los que introdujeron realmente la interpretación simultánea en el Proceso de Nuremberg. Pues bien, primero se trató de introducirla en la OIT, sin ningún éxito. Hubo obstáculos considerables por parte de los intérpretes consecutivos. Se hicieron valer argumentos totalmente increíbles, como que los delegados importantes nunca aceptarían ponerse auriculares en la cabeza, que habría un cierto retraso en relación con el discurso original y que no habría contacto directo. Ese informe existe en la OIT, donde usted podrá encontrar cosas interesantes sobre las reticencias y los obstáculos que se pusieron a la interpretación simultánea. En la SDN hubo una forma trucada de interpretación simultánea. En las grandes asambleas había al pie de la tribuna del orador un intérprete que hablaba en un aparato que se parecía a los antiguos aparatos de fotografía. En realidad, había dispuesto del discurso anteriormente y lo había traducido ya. Es decir, no era auténtica interpretación simultánea.

3. Filósofo y maestro de yoga (1872-1950).

Fue en el Proceso de Nuremberg cuando se hizo necesaria la interpretación simultánea, a causa de la proliferación de idiomas. Allí fue un éxito. Dostert logró encontrar un cierto número de personas que resultaron muy brillantes para la interpretación simultánea, sobre todo teniendo en cuenta que uno de los idiomas era el alemán, que es más difícil de interpretar en simultánea, entre otras cosas por la inversión del orden sintáctico. Hubo ruso, alemán, francés e inglés. Uno de los intérpretes me dijo que al final del proceso le había preguntado a Göring qué pensaba de la interpretación simultánea. Y Göring le habría respondido: “Me ha acertado la vida”.

En el proceso de constitución de las Naciones Unidas se contrató a intérpretes de la SDN, entre otros a Robert Confino, que había sido traductor antes de ser intérprete. Así que Confino, Jean Herbert y otros trabajaron en la fase preparatoria y luego en Nueva York, donde la sede de la ONU estuvo originalmente en Lake Success. Allí llegué en 1946. Entonces se produjo un fenómeno muy interesante para la interpretación: la incorporación de algunos jóvenes que nunca habían practicado la interpretación y que tuvieron un éxito extraordinario. Estoy pensando en casos como los de Thorgevsky y Samarine, que resultaron muy brillantes. Se trataba de interpretación consecutiva. Ahora bien, entonces eran idiomas oficiales el ruso, el chino, el español, el francés y el inglés. Las interpretaciones duraban una barbaridad, si bien esto tenía cierta utilidad, ya que según algunos diplomáticos ese plazo les daba tiempo para reflexionar en cuanto a la respuesta que iban a dar. Así que no era del todo inútil. Se perdía tiempo desde el punto de vista técnico, pero se ganaba en el sentido de tener más claras las ideas para el debate.

En 1946, Dostert trató de introducir la interpretación simultánea y volvió a llamar a un cierto número de personas que habían trabajado en Nuremberg, formó un equipo de gente sumamente brillante, en particular Rozan y otros. Hubo una oposición terrible y llena de odio entre los dos servicios, el de la interpretación consecutiva y el de la simultánea. Fue sumamente interesante. A mí se me acusó de verme conversar en los pasillos con un intérprete de simultánea, ya que era gente a la que no había que frecuentar. Era un intérprete estadounidense, que interpretaba del ruso con tal vivacidad y convicción que hubo quejas en la prensa estadounidense, que decía que hacía propaganda soviética. Era George Sherry. Reproducía de tal manera los discursos de Vishinsky que golpeaba en la mesa y todo, como él. Creo que el éxito de la simultánea se debió a gente como él, así como al hecho de que hubiera varios idiomas oficiales.

Con la incorporación de idiomas nuevos se necesitaron también intérpretes nuevos. Había muchos hijos de antiguos emigrados rusos en Francia, en Estados Unidos o en Inglaterra que habían seguido hablando el ruso y que conocían los dos idiomas, con lo que fueron sumamente útiles. También había algunos hijos de diplomáticos que se habían educado en otros países, al tiempo que conservaban su idioma materno. Esto suministró todo un grupo de intérpretes en un momento en el que apenas había escuelas de intérpretes. En Ginebra hubo un intento, que luego prosperó, para formar intérpretes. Pero le costó mucho empezar y además al principio

no había nadie que enseñara la interpretación simultánea. Fue Velleman el que creó la escuela de Ginebra a comienzos de los años 1940. Era especialista en un idioma suizo, el retorromano. También pasó por las Naciones Unidas, pero era ya mayor y tenía ya cierta lentitud. Yo lo conocí, desde luego.

Llegué al servicio de la interpretación consecutiva de la ONU en Nueva York, que dirigía Jean Herbert, en el que había dos intérpretes que gozaban de un éxito enorme entonces, los hermanos Kaminker. La interpretación consecutiva era un espectáculo oratorio. Había que tener aplomo, saber hablar en público, tener un vocabulario y giros elegantes así como talento de orador. La exactitud quedaba en segundo lugar. André Kaminker, en particular, no tomaba notas. Tenía una memoria excepcional, que había desarrollado, y reproducía los discursos sin tomar nota alguna. Era brillante pero no del todo exacto. Lo que importaba era el matiz político. Los intérpretes conocían muy bien las posturas políticas de los delegados y entonces en general no se trataban tantos problemas técnicos. Esa situación ha evolucionado. Entonces habría resultado muy difícil el hacer cosas muy técnicas en consecutiva. Eso, por extraordinario que parezca, era más fácil en simultánea. Tener que aprender una lista de términos técnicos y memorizarlos era muy difícil para las cuestiones que uno no dominaba. Pero ese problema desaparecía con la simultánea. Y se podía trabajar mejor. En el momento de la introducción de la simultánea, un día André Kaminker y otros dos o tres colegas reservaron una sala para ensayar. Después de un rato, llegó Kaminker a la sala de intérpretes agitado y colorado de alegría diciendo: “On peut le faire”. De todos modos, nunca sería un gran intérprete de simultánea.

Después de dos años en la ONU en Nueva York pasé a la Organización Mundial de la Salud (OMS) en Ginebra. Mientras estuve en Nueva York hubo dos misiones sumamente interesantes, una en Jerusalén, en la que se creó Israel; y otra en Grecia, para supervisar la paz en los Balcanes. En las dos se trabajó en consecutiva. En la OMS, las primeras asambleas, que debieron de ser en 1950 y 1951, fueron totalmente en consecutiva. Éramos tres ó cuatro intérpretes, entre ellos el Sr. Ronkin y un español, que se llamaba Vilaplana, muy simpático e interesante.⁴ Hacíamos los comités

4. Se trata de A. Ruiz Vilaplana, quien se marchó de España a raíz del levantamiento de Franco del 18 de julio de 1936, “al instaurarse un movimiento delictivo...” “El 27 de noviembre de 1935 había llegado a Burgos, como secretario judicial; el 30 de junio de 1937, sin una interrupción en mi destino durante aquella etapa (mitad de República, mitad nacionalista), me marché de la zona y llegué a Francia, siendo todavía presidente decano del Ilustre Colegio de Secretarios Judiciales y secretario del Juzgado y Tribunal Industrial de Burgos, cargos que todavía, al redactar estas líneas conservo, pues públicamente no se ha decretado aún mi cese ni nombrado sustituto por las autoridades nacionalistas.” A. Ruiz Vilaplana *Doy fe*, París, 1938, págs. 254 y 253 respectivamente. El libro se publicó por decisión del entonces embajador español en París, Angel Ossorio y Gallardo, según recuerda Eugeni Xammar, que dice: “La publicació del llibre ‘Doy fe’ fou veritablement un fet sensacional. Es van demanar drets de traducció immediatament. En francès, el llibre va sortir vuit dies més tard que l’edició espanyola amb el títol de ‘Sous la foi du serment’. S’en va fer una edició anglesa amb el títol ‘Burgos Justice’ (Justícia de Burgos), que va fer un gran soroll i va provocar àdhuc un debat a la Cambra dels Comuns suscitat pels franquistes que,

y las asambleas. Luego vino la petición de participación de la Unión Soviética y el número de idiomas era ya tan grande que hubo que pasar de la noche a la mañana a la simultánea. Eso debió de ser en el año 1954. A partir de ahí, todo se hacía ya en simultánea. Ahora los intérpretes ya no saben hacer la consecutiva, ya no hablan en público, no son oradores, pero son personas sumamente precisas. Y para las cosas técnicas eso era muy importante. Los intérpretes de la vieja escuela, que eran excelentes, no siempre fueron buenos para interpretar las cuestiones técnicas.

Fue, pues, una transición muy interesante, que permitió incorporar a un gran número de intérpretes, salidos de las escuelas y enseñarles a trabajar su vocabulario para que fueran muy precisos. Esa es la evolución, que da por resultado un tipo de gente muy distinta. Menos interesantes, a menudo, como personalidades que los de la vieja escuela, que tenían conocimientos muy vastos sobre otra serie de temas. Hoy hay muchos intérpretes jóvenes que hacen su tarea muy bien, pero cuya “cultura general”, como se decía entonces, es menos amplia.

Por casualidad, he encontrado unas notas que tomé en 1982 para una conferencia que di en Tokio sobre la historia de la interpretación. No se entienden muy bien, pero si puede leerlas quizás encuentre cosas que puedan interesarle. Estas notas están en inglés y se las dejo por si le pueden ser útiles. Fue una conferencia organizada por uno de los pioneros de la interpretación japonesa, que se llama Muramatsu, que fundó una escuela y una editorial.⁵ La dirección de esta escuela pasó luego a manos del Sr. Komatsu, también intérprete. Reunieron a todas las personas que se interesaban por la interpretación y yo les hice este bosquejo. En las notas hago el paralelo entre la evolución de las conferencias, del número de idiomas y de los temas de las conferencias y la formación de los intérpretes y las cualidades necesarias.

JESUS BAIGORRI (JB): De modo que usted ya ha reflexionado sobre la cuestión de la historia de la interpretación. Es usted un interlocutor ideal para el tipo de estudio que estoy realizando. Tendría muchas cosas que preguntarle, pero no quiero fatigarlo. Aquí está la lista de intérpretes de las Naciones Unidas en 1946.

exasperats pel cop que acabaven de rebre, van començar a fer córrer entre els parlamentaris anglesos que Ruiz Vilaplana havia fugit de l'Espanya nacional no pas per motius ideològics, sinó per motius personals familiars i no gaire nets. (...) En Ruiz Vilaplana continua avui encara anant pel món i es guanya la vida com a intèrpret en alguns organismes internacionals prop dels quals gaudeix d'un prestigi.” (E. Xammar *Seixanta anys d'anar pel món*, Barcelona, 1974, pág. 427.

5. El Sr. Muramatsu ha acompañado habitualmente como intérprete a los ministros y primeros ministros japoneses en sus viajes al extranjero y en sus encuentros con los jefes de Estado. La escuela y empresa de traducción e interpretación creada por Muramatsu es *Simul International Inc.*, con domicilio en Tokio. Según Lambert, Muramatsu cobra tarifas diferentes según la calidad de los intérpretes adscritos a su empresa. Carta de Pierre Lambert al autor, de fecha 10 de octubre de 1997.

PL: Hubo familias de intérpretes, como los hermanos André y Georges Kaminiker; un nieto de este último es intérprete en la ONU en Viena. Trabajé con él en la India en una conferencia. También estaba la familia Rabinovitch: los hermanos Georges Rabinovitch, Nina Himly y Lydia Kerr. Lydia se casó con el Sr. Kerr, que también fue intérprete en la OIT. Tuvieron un hijo que fue también intérprete y que murió, creo, hace tres años.

Huguette Coffier era hija de madre francesa y de padre egipcio. Fue la primera en interpretar del árabe en la ONU. Le tocó interpretar en la tribuna de la Asamblea de las Naciones Unidas al emir Feisal, con quien estuvo a punto de casarse. Pero se casó con Jean Herbert, del que se divorció. Posteriormente, se casó con un diplomático japonés, Kobayashi, que ahora es embajador del Japón en París. Era una mujer de gran inteligencia.⁶

JB: ¿Entonces quién era la madre de Janine Yates (una de las hijas de Jean Herbert)?

PL: Es la inglesa de la que le hablé, la primera mujer de Herbert, la que les ayudó a Mathieu y a él a prepararse como intérpretes. Era una mujer sumamente preparada, que me ayudó mucho cuando me lancé a traducir novelas inglesas. El editor me confió un libro de Llewellyn,⁷ lleno de argot inglés. Yo tuve problemas con la traducción y ella me ayudó. Janine me ha contado que cuando yo iba a su casa a que me ayudara su madre con la traducción ella y su hermana, que eran muy pequeñas y que tenían una educación muy estricta, pegaban la oreja a la puerta, porque por vez primera le oían a su madre pronunciar las palabras malsonantes que tenía que traducir para mí.

JB: He estado con Janine y me ha prestado algunas cosas relativas a su padre. No sé si conoce esta caricatura en la que aparecen Mathieu y Herbert.

PL: Es de los famosos caricaturistas Derso y Kelen. Sus originales se expusieron durante mucho tiempo en un café de Ginebra, frecuentado por diplomáticos de la SDN, que se llamaba *Bavaria*. Había retratos de los principales delegados de la Sociedad de Naciones.

6. Huguette Coffier, que entonces tenía poco más de veinte años, después de hacer el discurso del príncipe Aziz, de Arabia Saudita, le causó tan buena impresión al príncipe que aparcó un Lincoln descapotable verde delante de la casa de Huguette, como invitación a que formara parte de su harén. Herbert, que poco después se casaría con ella, le pidió a Thorgevsky que se presentara en casa de Huguette como si fuera su novio, para disuadir al del Lincoln verde. Esto es lo que cuenta Thorgevsky en un artículo inédito, prestado al autor de este trabajo y titulado "Souvenirs d'un interprète. Une Lincoln décapotable", 3 págs. mecanografiadas. Archivo personal de G. Thorgevsky.

7. Richard Llewellyn (1906-1983), autor entre otras obras de *Qué verde era mi valle* (1939).

JB: Para delimitar las coordenadas, Sr. Lambert, he de hacerle una pregunta un poco delicada: lugar y fecha de nacimiento.

PL: 30 de junio de 1912 en Ginebra. Mi padre fue periodista y siempre insistió mucho en la calidad del francés. Me hacía leer libros, consultar diccionarios, y de ello me ha quedado algo, igual que traté de “normalizar” mi francés, librándome del acento ginebrino suizo. Mis padres eran los dos de Ginebra y sólo hablaban francés. Mi padre no sabía ni una palabra de ningún idioma extranjero.

JB: ¿Cómo se hizo usted políglota? ¿Qué estudió usted?

PL: Eso se debió un poco a mi carrera. Hice un año de estudios de derecho en Alemania, en Francfort. Después, el alemán me sirvió de mucho en Dantzig, donde fui colaborador directo de Carl Burckhardt, que era Alto Comisionado.⁸ La situación creada por el Tratado de Versalles era sumamente enredada. Para satisfacer a los polacos se les dio el corredor de Dantzig, que llegaba hasta el mar, pero no se les había dado la ciudad de Dantzig, aunque sí estaban encargados de los asuntos diplomáticos de esa ciudad. Había un Consejo Internacional de Cursos de Agua, presidido por un holandés; había un Senado de Dantzig, con una responsabilidad reducida; la administración de Correos era polaca. Además estaba el Alto Comisionado de la SDN para Dantzig. Todo esto daba por resultado un juego diplomático sumamente complicado. Dantzig era un puesto avanzado al que vi llegar, a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron, la segunda guerra mundial.

JB: ¿Estuvo allí mucho tiempo?

PL: El primer día de la guerra, el uno de septiembre de 1939, se acabó mi misión allí, oí los primeros cañonazos de la guerra y los tiros de ametralladora que tenían por blanco Correos y la estación, que estaban en manos de polacos. Los cañonazos tirados por un buque-escuela que estaba en visita oficial en Dantzig iban dirigidos contra una isleta situada en la bahía, Westerplatte, fortificada y defendida por soldados polacos. Curiosamente, Burckhardt y yo habíamos estado unos días antes en el buque alemán anclado en visita oficial a la ciudad. Burckhardt invitó al capitán del buque-escuela a una velada en la sede del Alto Comisionado y durante la velada habló de situaciones, sin especificarlas, en las que se pueden recibir órdenes contrarias a la conciencia. Dos días después abría fuego sobre la Westerplatte. Ese mismo día salimos nosotros de Dantzig.

8. A Burckhardt lo cita Eugen Dollmann, intérprete de Mussolini, en sus memorias como biógrafo de Heydrich, con el que se reunió el Alto Comisionado para solicitar la inspección de los campos de concentración alemanes. E. Dollmann *The interpreter*, pág. 96. El historiador suizo Carl J. Burckhardt era sobrino de Jakob Burckhardt autor del libro sobre el Renacimiento italiano *Die Kultur der Renaissance*. Carta de Pierre Lambert al autor, de 10 de octubre de 1997.

JB: Usted había aprendido ya el alemán en sus estudios en Alemania, lo que le debió de ser muy útil en Dantzig, ¿no?

PL: Era el idioma oficial. Los polacos de las clases educadas y elevadas hablaban todos francés. Además, entonces yo estaba casado con la nieta del pintor Segantini.⁹ Ella me dio algunas nociones de italiano y durante la segunda guerra mundial fui delegado del Comité Internacional de la Cruz Roja por Italia. Así que hablaba italiano, que había aprendido simplemente escuchándolo. Es quizás el único idioma que aprendí solamente de oído. De vuelta a Suiza, como era funcionario federal y eso me aburría mucho, empecé a hacer traducciones de novelas inglesas. Había aprendido el inglés en el instituto, pero naturalmente muy mal. De hecho, cuando llegué a Nueva York no entendía ni una palabra de lo que me decían en la calle. Había aprendido una especie de inglés literario, pero no la pronunciación, que me dio mucha guerra durante varios años. Para hacer oído me dediqué intensamente a escuchar la radio, porque no entendía lo que me decía la gente de la calle.

JB: Pero usted tenía que interpretar desde el inglés, ¿no?

PL: Sí, pero era un inglés hablado distinto. Durante mucho tiempo los delegados hablaban en un inglés, un francés y un español de un nivel elevado. Después, la cosa fue degenerando. Los franceses durante mucho tiempo siguieron hablando bastante bien, incluso los científicos. Todos los grandes médicos con los que me topé en la OMS hablaban un francés muy bueno. Por lo demás, tuve la misma sorpresa cuando creyendo que hablaba español llegué a La Habana, donde los autobuses se llamaban *guaguas*.

JB: ¿Cuántos idiomas domina usted?

PL: Hay cinco idiomas en los que me siento más o menos cómodo. Me falta el haber pasado temporadas en España, así como también algo que le falta a la mayoría de los intérpretes, a saber, las expresiones coloquiales de los países de América Latina. Me vi en grandes apuros ante determinadas expresiones en algunas reuniones sobre las torturas en Chile. La gente que describía aquellos sucesos utilizaba un vocabulario que yo no entendía. El caso es que me volví hacia otra cabina y vi que mi colega argentino no entendía tampoco. Habría que haber vivido en esos países y haber frecuentado a diferentes categorías de personas. Por ejemplo, teniendo en cuenta mi edad, tengo dificultad para entender a los jóvenes ingleses. Tienen su jerga propia.

9. Giovanni Segantini (1858-1899), pintor de paisajes alpinos y de alegorías, con técnica que mezcla simbolismo con neopresionismo.

Con el alemán me ha resultado menos difícil, porque la literatura alemana, con Böhl y otros autores, ha cambiado el estilo alemán. Tuve algo de dificultad al principio, pero en seguida me puse al día. En cuanto al italiano, por el contrario, hay una simplificación del idioma, aparte de algunas expresiones divertidas que utilizan los jóvenes y que cambian muy rápidamente. Pero los autores italianos en general escriben un italiano más fácil, si excluimos quizás a Umberto Eco, que tiene una gran riqueza de expresiones y un vocabulario extraordinario, con expresiones poéticas..., pero hay que saber latín para poder leer sus obras.

JB: Sí, desde luego, sobre todo en *El péndulo de Foucault* hay páginas y páginas en latín.

PL: Desde el punto de vista de la traducción, sin embargo, es una de las pocas obras extranjeras bien traducidas al francés. Las traducciones de Shakespeare al francés son como de broma. Las traducciones de Goethe son muy malas, las de Dante horribles. Quizás otra excepción sean los relatos fantásticos de Poe traducidos por Baudelaire. Hubo una proximidad de genio y el resultado es muy bello. No es exacto, pero es muy bello.

JB: El intérprete Hans Jacob hizo traducciones literarias entre el francés y el alemán, ¿no?

PL: Sí, él tradujo del francés al alemán de manera admirable. Le voy a contar algo sobre Hans Jacob, a quien yo conocí cuando él era intérprete de la UNESCO. Era judío alemán y había trabajado en los servicios de traducción de la Cancillería del *Reich* alemán, con el famosísimo intérprete que acompañó al *Führer*, Schmidt. Tenía un enorme odio a los nazis. Un día me contó una cosa, que por lo demás no contaba muchas veces: que Schmidt le había salvado la vida. Los dos eran intérpretes y traductores en la Cancillería del *Reich* y, cuando las cosas habían empezado a ponerse mal para los judíos, una noche lo telefoneó Schmidt desde el Ministerio diciendo: “Querido colega, tengo una dificultad, no sé muy bien cómo traducir esta frase de un decreto, que dice: A partir de mediodía nadie podrá salir de Alemania sin autorización especial. ¿Cómo traduciría usted esto?” Hans Jacob entendió muy bien lo que quería decir, hizo las maletas y cruzó la frontera en el último momento. Su sentimiento respecto a Schmidt era algo ambivalente, porque detestaba todo lo que tuviera que ver con los nazis, pero tenía una cierta gratitud con él por esta forma hábil y diplomática que le había permitido escapar. Murió por un error médico. Le pusieron mal una inyección, lo que le provocó una trombosis gaseosa. Yo trabajé varias veces con Jacob y me enseñó una cosa muy interesante sobre la interpretación simultánea: que los delegados no oyen más que lo que quieren oír. Por ejemplo, en vez de decir “la séance est ouverte” decía a veces “la séance est *rooselverte*”, y nadie se daba cuenta. Dominaba, naturalmente, muy bien el alemán, y escribió un

libro, que se titula *Kind meiner Zeit*,¹⁰ muy bien escrito. Conocía bien el inglés y el francés, pero muy mal el español. Y no obstante quería interpretar del español. Tenía los reflejos del intérprete, cuando uno se pregunta: “¿Qué es lo que ha querido decir el delegado?”. Por ejemplo, un delegado español se quejó un día diciendo: “Señor Presidente, esto no es buen castellano”. Jacob no entendió, reflexionó sobre la palabra ‘castellano’ y dijo: “Una vez más es una contradicción entre el pragmatismo inglés y el cartesianismo francés”. Había reconstruido algo a partir de una palabra que no había entendido. Esa pericia es lo que daba tanto de sí en la interpretación. Ahora no tanto. Jacob era un hombre afable, muy agradable, muy cortés, muy cultivado.

JB: Le interrumpí cuando estaba hablando usted de las traducciones al francés y de su mala calidad.

PL: Ya se me ha olvidado lo que le estaba diciendo, pero hay otra idea que se me ocurre y que me parece importante, y es el papel de los técnicos de sonido en la interpretación simultánea. Ha costado mucho hacer entender que para interpretar es necesario un sonido de una calidad especial. Al principio se pensaba que era como cuando uno habla por teléfono, pero no es verdad, porque con una calidad tan baja no se les entendía a los delegados. Se han hecho progresos sensacionales; los nuevos sistemas tienen una limpieza y una claridad de sonido admirables.

Otra cuestión logística interesante es la de la obligada cohabitación de los intérpretes en la cabina. Se trata de un problema psicológico. La cabina es un espacio cerrado y si los intérpretes no se entienden perfectamente, eso entraña tensiones nerviosas muy grandes. Por ejemplo, yo tenía una colega que tejía en la cabina y eso exasperaba a algunos de mis compañeros, que tenían miedo de que les sacara un ojo con la aguja de hacer punto.

JB: Antes le iba a enseñar la lista de intérpretes y traductores de la Sociedad de Naciones. Ahí están los nombres, en la pantalla del ordenador.

PL: En la SDN yo no tuve nada que ver con los servicios lingüísticos. Conocí a algunos privadamente o más tarde, cuando ya no había SDN. A Confino por ejemplo lo conocí en privado. Creo que mi padre le había hecho algún favor, y él me hizo un favor importante en el momento en que estaba traduciendo yo un libro sobre la Marina. Que un suizo tradujera un libro sobre la Marina era algo realmente difícil. Había cosas que, evidentemente, yo no sabía. Confino, que tenía contactos con los servicios de espionaje de la resistencia, me puso en contacto con un capitán de marina, que me dio indicaciones sobre los términos que se emplean en la marina francesa. Creo que Confino había nacido en Estambul. Esa sociedad políglota de

10. *Kind meiner Zeit, Lebenserinnerungen*. Colonia-Berlín: Kiepenheuer & Witsch, 1962.

Constantinopla predispuso a un cierto número de intérpretes; por ejemplo, Jean Back era también judío de Constantinopla. A Robert Cru lo conocí en Nueva York, luego vino a Ginebra y me tocó trabajar con él. Es también una familia de intérpretes. Su hijo, Tony, como un cierto número de intérpretes, se crió en ambiente bilingüe, en Nueva York, pero en el seno de una familia de idioma francés. Es muy desenvuelto; empezó siendo técnico de sonido y luego se pasó a la interpretación. Sus comienzos no fueron buenos y se dio cuenta de que la cosa no se aprendía sola, sino que había que trabajar. Su padre, Robert, era un *gentleman* inglés, encantador, y el hermano del padre, Dennis, vive en Bruselas y también es intérprete.

PL: Ahí está el nombre de Lydia Kerr. Georges Rabinovitch era el mayor, Lydia era la segunda y Nina Himly era la tercera de los hermanos. Le Bosquet es uno de los que me ayudó en esta carrera, me dio consejos, me contó recuerdos suyos. Durante la guerra estuvo en los servicios de información del ejército británico. Estaba al tanto de una serie de cosas, como las “pistas falsas” que se les permitía descubrir a los alemanes, como la historia del cadáver en un submarino, en España. Le Bosquet era uno de los que se encargaba de ese tipo de operaciones del servicio de información británico.

JB: Eso dio que hablar hace poco en España, porque descubrieron el cementerio en el que estaba enterrado el cadáver del falso oficial británico.

PL: A Pat Longley la conocí en la UNESCO, donde trabajó con Hans Jacob. A este Meyer no lo conozco, pero sí al Meyer de Nuremberg.

JB: ¿Por qué no trabajó usted en el Proceso de Nuremberg?

PL: Yo no era intérprete todavía. Creo que entonces no habría sido capaz de hacer la interpretación. Yo empecé en 1946, y con la consecutiva. En 1949 es cuando pasé a la simultánea, con conferencias de la UIT.

JB: Hábleme del coronel Dostert, el introductor de la simultánea en Nuremberg?

PL: Era un hombre muy autoritario, que tenía una forma extraordinaria de vender su producto. No era un charlatán, porque hacía muy bien las cosas, pero sí un vendedor, un publicista extraordinario. Me acuerdo de la ocasión en la que yo empecé la interpretación simultánea, que fue en Estocolmo en 1948 ó 1949. Me asombró ver a Dostert, que dio una conferencia sobre la interpretación simultánea a la prensa reunida para aquella conferencia. “Se utiliza a gente perfectamente políglota”, decía, “se les enseña a traducir, a hacer síntesis y después se les forma, se dice una palabra en un idioma y se les hace repetirla en el otro, luego se les da una frase entera y se les hace repetirla en el otro idioma, es decir, un entrenamiento extraordinario...” Yo

le oía atónito, porque nunca había hecho simultánea. Acaba la conferencia de prensa, y nos dice: “Entren a la cabina, pónganse el casco y comiencen”.

Lo llamaban el ‘pequeño Napoleón’, era bajo, autoritario, pero con cierto sentido del humor. Tenía un francés excelente. Pero a veces se encolerizaba y cuando un intérprete se equivocaba, se dirigía a él y le decía: “Usted no es trilingüe, ni bilingüe, es usted alingüe”. Pero defendía a los intérpretes muy enérgicamente. Fue él quien con Finlay —un ingeniero que había preparado los micrófonos y los auriculares, y que había tratado de introducir el sistema en la OIT— introdujeron de verdad la simultánea.

[sigue viendo la lista de la SDN]

Parodi era francés y de él se decía, cuando estaba en la SDN, que había pertenecido a los servicios de información.

Robinet de Cléry fue traductor.

Russell era célebre. Tenía una especie de elegancia y de superioridad en sus traducciones y también una cierta fantasía. Abreviaba las sesiones, dando una versión reducida de los discursos.

[Pasamos a hablar de los comienzos de la ONU]

PL: La atmósfera en Lake Success era extraordinaria. Las reuniones eran en una antigua fábrica de giroscopios para el ejército. No había ventanas y había luz eléctrica todo el día. Había un cierto ambiente de trabajo, había fe en las Naciones Unidas. Creo que hoy hay un poco menos de eso.

JB: Betty Teslenko me decía también que la talla de los delegados también ha cambiado mucho. Entonces los gobiernos enviaban a verdaderos plenipotenciarios.

PL: Estoy totalmente de acuerdo. Ha cambiado mucho la calidad cultural y de información. Ni siquiera la envergadura de los jefes de Estado es ya la misma. Se selecciona a los jefes de Estado para servir de introductores en el extranjero de los directores de empresas y obtener contratos. Ese parecería ser su papel principal. Cuando yo estudiaba, el libro de cabecera sobre derecho diplomático era el de Eric Satow.¹¹ Para él era inconcebible que un jefe de Estado pudiera tener conversaciones en el extranjero con otro jefe de Estado. Tampoco los ministros de Relaciones Exteriores salían al extranjero en misiones oficiales, porque eso significaba comprometer demasiado a su país. Todo debía pasar por la vía de los representantes diplomáticos. Ahora ese enlace es menos importante, las relaciones entre jefes de Estado y entre ministros son más directas y los diplomáticos tienen normalmente otra envergadura.

[Conversación en casa del Sr. Lambert, 17 de julio de 1997]

11. Gore-Booth (Lord) (Ed.) *Satow's guide to diplomatic practice*, Longman, Londres y Nueva York, 1979. (Hay ediciones muy anteriores). Ver también Harris, B. ‘Un intérprete diplomático inglés en el siglo XIX en Japón’, en *Livius*, 3 (1993) págs. 115-136.

JB: ¿Qué consejos daría usted a un intérprete joven que empieza o a alguien que desee hacer una carrera como intérprete o estudiar interpretación?

PL: Creo que mis consejos ya no son válidos ahora. Hace 20 años habría dicho que era necesaria una cultura general sumamente amplia y un conocimiento muy profundo de su propio idioma. Pero esto creo que ya no es válido hoy, porque en una conferencia se puede utilizar cualquier expresión, y pienso sobre todo en el francés. Se puede emplear cualquier giro porque ya no tiene importancia. Lo que tiene importancia es que pase el mensaje. La radio nos sirve de ejemplo excelente para ilustrar esto. Los comentaristas de radio y sobre todo de televisión hablan muy mal francés, pero el mensaje pasa. Es decir, la importancia de las palabras no es igual hoy que hace veinte o treinta años.

En cuanto a la cultura general, creo que el concepto mismo de cultura general ha cambiado mucho y que lo que mi generación creyó que era una cultura general era sobre todo una cultura libresca. Había que conocer la literatura y lo que estaba escrito. Ahora creo que la cultura general equivale a conocer los nombres de los grupos musicales de rock, las técnicas de los cohetes, las técnicas atómicas y todo tipo de vocabularios que se utilizan corrientemente sin que exista la jerarquía de términos que se empleaban según la clase social y según la gente a la que se dirigían. Por consiguiente, mis consejos no son ya válidos hoy.

JB: ¿Cree usted que el francés se ha contaminado mucho últimamente?

PL: No creo que se trate sólo de contaminación. El número de términos extranjeros no es muy grande. Pero sí hay un empeoramiento en la valoración de la lengua francesa. Es decir, que la tradición francesa de escribir bien el idioma, de respetar sus reglas, ya no tiene valor, ya no es útil. Hoy lo que cuenta es la utilidad y no la belleza del idioma. Los jóvenes, los adolescentes de hoy no tienen ningún sentimiento de la belleza del idioma, lo que trae consigo juicios muy críticos respecto a los clásicos de la literatura francesa. Como no les interesa la belleza del idioma, se fijan en el fondo, que a menudo está desfasado en relación con la realidad de hoy. Por tanto, los grandes clásicos a los que nosotros admirábamos, carecen de interés y resultan ridículos para ellos. Eso repercute en el idioma que se utiliza en las conferencias. Yo conocí a médicos que tenían esta cultura clásica y que se expresaban de forma cultivada, con citas, con el pluscuamperfecto de subjuntivo..., mientras que ahora los delegados medios se sitúan a un nivel que es casi comprensible para los extranjeros. No depuran su vocabulario, sino que lo que priman son la técnica y la utilidad.

JB: Le hablaba de la contaminación porque el otro día un delegado francófono dijo: “Je peux *supporter* ce que dit le délégué du Brésil”.

PL: Claro, y lo que quiere decir es ‘appuyer’. Recientemente ha habido esta tendencia de los delegados de aparentar que hablan el inglés y que toman prestados

términos ingleses en francés, lo que a veces dan lugar a confusión. Por ejemplo, 'expertise' en inglés es 'connaissance technique', porque en francés 'expertise' sería 'étude critique'. Algunos delegados confunden los dos significados. Curiosamente, a veces los que se quejan de la calidad del idioma son ciertos delegados africanos, porque algunos conocen muy bien el idioma, como herederos que son de la tradición de Senghor y de gente muy preparada. Y ellos han perpetuado esa tradición. Ahora bien, ellos a veces mezclan los registros más rebuscados con un estilo coloquial

Por tanto, los consejos que yo daría es insistir en la agilidad, en conocer muy bien ciertas correspondencias para que no creen problemas en el momento de trabajar y, cada vez más, insistir en un trabajo de vocabulario. Pero lo que yo decía de la belleza del idioma ya no vale hoy. Creo, pues, que los consejos que se pueden dar a los intérpretes jóvenes ahora son totalmente diferentes. Creo que se trata sobre todo de práctica, práctica y práctica. Que escuchen a los colegas de cabina y que extraigan enseñanzas de ellos. La preparación, incluso en las mejores escuelas, no basta.

JB: Usted utilizó la radio como medio de aprendizaje para habituar el oído, ¿verdad?

L: Sí, utilicé mucho la radio para hacerme con el acento estadounidense. Cuando llegué a Nueva York ya le decía que tenía enormes dificultades para entender lo que me decían en la calle. Escuchaba constantemente la radio. En cuanto a la forma activa de utilizarla, yo como amateur trabajé en la radio, hice obras de teatro, y durante un período en el que trabajé como periodista yo daba boletines de información en la radio suiza. La preocupación por la articulación y la dicción a través del micrófono me ayudó mucho para la interpretación.

Los alumnos deberían ejercitarse con traducciones grabadas y escuchar. En las primeras interpretaciones, es bueno que les pidan a los técnicos de sonido la cinta grabada con su propia interpretación y que la escuchen. Eso resulta muy instructivo, aunque sea despiadado.

Otra cosa importante, que es mi punto débil, es conocer el habla de los jóvenes de otros países, con todas las expresiones de argot y coloquiales que se emplean en el idioma y que pueden surgir en un momento o en otro de la boca de un delegado. Me acuerdo en una conferencia de la Unión de Radio Europea en la que se pasaban películas con entrevistas a jóvenes, ingleses en particular. Me resultaba difícilísimo traducir esas grabaciones, porque es un tipo de habla que no practico. Y eso tiene que ver con la idea de Jean Herbert, es decir, 'hacer entender al más elevado nivel', es decir, explicar el sentido de lo que se ha dicho y que puede entenderse mal cuando se pasa de una cultura a otra.

JB: Ahora cada vez más se va utilizando la teleconferencia, mediante una pantalla. ¿No cree que la presencia, el poder ver e incluso sentir, es importante para que pueda hacerse una interpretación fiable?

PL: Claro, el movimiento de los labios, de los ojos, de la cara son importantes para poder dar una interpretación fiel. En los temas muy técnicos la vista, los gestos, los movimientos o las vacilaciones no tienen tanta importancia. Todas estas explicaciones tienen que ver más con una forma de contacto y de locución que ya no se respeta ahora.

JB: ¿Cómo fue una anécdota de la que me habló Janine Yates que les sucedió a Jean Herbert y a usted en un avión, cuando los tomaron por hermanos?

PL: Eso nos pasó varias veces. Pero creo que Janine se refería a un viaje que hicimos a Irán. Jean Herbert y yo estábamos uno al lado del otro y alguien nos preguntó si éramos hermanos. Jean Herbert le respondió: “Somos gemelos pero no de la misma madre”. Aquel viaje con Jean Herbert fue muy interesante. Jean Herbert era muy trabajador y por la noche redactaba párrafos o capítulos enteros de un libro que estaba preparando. Al día siguiente me mostraba esos párrafos y discutíamos. Pienso en el libro que estaba escribiendo entonces, que se titulaba *Introducción a Oriente*, que dio lugar a un incidente muy divertido, afortunadamente sin consecuencias. Tenía el libro sobre la mesa y a veces tapaba con él el botón del micrófono. Jean Herbert, habituado a la consecutiva, se olvidaba con frecuencia de abrir y de cerrar el micrófono. Durante un discurso en francés se le olvidó cerrar el micrófono y me preguntó qué me parecía el último capítulo del libro. Yo le dije: “Quizás debieras añadir algo sobre la cortesía en Oriente, que es muy distinta de la de Occidente”. Seguimos hablando sobre esto, con el micrófono todavía abierto. Cuando me di cuenta, en la pausa, me precipité hacia la delegación francesa: “Lo siento en el alma, por lo que han escuchado por el micrófono, que no tiene que ver nada con la intervención”. “Eso lo conocemos perfectamente, nos ha parecido mucho más interesante oír lo que estaban hablando ustedes”.

En una de las conferencias de Bilderberg, en las que el príncipe Bernhardt de los Países Bajos reunía a gente de todas las procedencias, políticos, artistas, diplomáticos, etc. con la garantía de que lo que dijeran no saldría de la sala —no había comunicados de radio ni periodistas—, un día hizo un discurso el general al mando de la OTAN. Su ayudante de campo vino a preguntarnos quién había interpretado al general y Jean Herbert, a quien no le gustaba mucho el ejército, igual que me pasaba a mí, le dijo: “No lo sé, no hemos escuchado”. En esa misma conferencia un delegado estadounidense nos preguntó: “¿Por qué son dos en cabina?” Y le respondimos: “Porque uno escucha y el otro habla”. Esto es rigurosamente cierto.¹²

12. Herbert cuenta la misma anécdota en “How conference interpretation grew”, en Gerver, D. y Sinaiko, W.H. (eds.) *Language interpretation and communication*, Nueva York: Plenum, págs. 5-8 (cita en pág. 8).

Muchos delegados estaban convencidos de que la interpretación la hacían máquinas. Y pensaban también que tenía que ser mediante la tecnología porque creían que humanamente eso no era posible. En general, había un gran desconocimiento de qué era la interpretación. Se necesitan unos reflejos particulares para poder escuchar y hablar a la vez, porque no se está acostumbrado a escuchar y a hablar al mismo tiempo. Esa técnica hay que adquirirla, cualesquiera que sean los conocimientos que se tengan de los idiomas. Un día en Nueva York me invitaron a casa de una señora mayor que durante la jornada había visitado las Naciones Unidas. Estaba muy interesada en la cuestión de la interpretación y me recibió, como hacen a menudo las señoras mayores, tejiendo, leyendo el periódico y escuchando la radio, todo al mismo tiempo. Y precisamente ella me preguntó: ‘¿Joven, cómo hace usted para poder hacer dos cosas a la vez?’... Es un reflejo que se adquiere y que, al principio, provoca a menudo un bloqueo.

JB: ¿Ha interpretado usted alguna vez durante media hora sin saber al final de esa media hora de qué ha estado usted hablando?

PL: Sí, por cierto. Hay un momento en que, cuando el discurso es fácil, se produce un automatismo y parece que la reflexión ya no desempeña ningún papel. Ahora bien, es la reflexión lo que permite la grabación en la memoria. Los reflejos no lo permiten. Si se hace algo de una manera muy automática eso no deja trazas. Igual que en la escuela o en la universidad un profesor dice algo y, de repente, pregunta “¿qué es lo que acabo de decir?”, y uno no sabe, aunque haya estado siguiendo lo que ha estado diciendo. Es algo que los psicólogos podrían examinar, esa fase en la que se pasa al dominio de los reflejos, cuando las cosas salen solas.

JB: ¿Cree usted que hubo una época dorada de la interpretación que ya no existe?

PL: No sé si fue una época dorada, pero sí fue la época de los pioneros. La que hubo al principio, cuando el Tratado de Versalles, y también al comienzo de las Naciones Unidas. Se tenía la impresión de acometer una tarea difícil, que se podía mejorar sin cesar y que podía ser útil. Había, pues, una especie de entusiasmo, igual que había entusiasmo político también en las instituciones. Ese entusiasmo de la administración se agotó después. Además, era una especie de desafío al que había que hacer frente, aprender unos de otros, escuchar lo que hacían los compañeros. Ahora se ha convertido en una profesión que se ha codificado.

JB: El trabajo en equipo prácticamente ha desaparecido.

PL: No sé si todavía se sigue dividiendo el trabajo en medias horas, pero se practicaba mucho en las Naciones Unidas, en particular en Ginebra. A los treinta

minutos uno paraba, en medio de una frase o de un razonamiento. Daba igual, se le pasaba el micrófono al otro, porque se había acabado la media hora. Esta evolución tiende hacia una especie de intérprete-funcionario, que hace simplemente su trabajo y que no extrae de él un placer particular. Mientras que en nuestros tiempos nos regocijábamos de haber hecho una buena interpretación.

JB: Quizás los delegados se daban también más cuenta de la interpretación que ahora.

Como despedida, me cuenta otra pequeña anécdota de la interpretación. El ejército francés tenía intérpretes militares que hablaban el árabe en los tiempos del sometimiento de las tribus por la época de Abd el Krim. En una ocasión se produjo una rendición de un grupo de marroquíes ante un general francés. Y este, formado con sus tropas les dirigió a los marroquíes una pequeña arenga, en pleno estilo de 'grandeur': "La France, grande et genereuse, est prête a vous accueillir... etc, etc." Le dijo entonces al intérprete que se lo tradujera a los marroquíes. El intérprete, que no sólo conocía el idioma sino también las costumbres, observó que los rendidos estaban montados a caballo, lo que a su juicio significaba que el sometimiento no era entendido como tal. Lo que interpretó no fue exactamente lo que había dicho el general, sino algo así como: "Os bajáis ahora mismo de los caballos y os sometéis, de otro modo os va a ir muy mal". Los marroquíes al oír esto se bajaron y se postraron en señal de sometimiento ante el general francés, que le comentó a su intérprete: "¿Ve usted cómo unas palabras sencillas pueden servir de mucho?".